

Desarrollo cultural y participación en el contexto municipal cubano

Cecilia Linares Fleites

Investigadora. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Este trabajo tiene como objetivo comprender algunos elementos rectores de las dinámicas socioculturales, que sirven de marco a la participación de los distintos actores locales en el desarrollo cultural. Para ello, en primer lugar, parece indispensable trazar una ruta que ayude a colocarlos, a identificar sus propósitos, estrategias y acciones, así como valorar sus alcances e interrelaciones. En segundo lugar, aspirar a vislumbrar las oportunidades y debilidades de las instancias municipales y sus distintas comunidades de articular estrategias y crear espacios para el crecimiento de las capacidades de participación en la toma de decisiones de los distintos actores presentes en sus escenarios de acción. No pretendemos, por supuesto, agotar asuntos de tanta complejidad; solamente brindar unas notas para la discusión.

Cuba. Estrategias y agentes de desarrollo cultural en el contexto municipal

En la actualidad operan en este ámbito tres actores de importancia decisiva por su participación en la

elaboración de estrategias de desarrollo cultural: el Estado, los grupos comunitarios organizados y las instituciones civiles (asociaciones y organizaciones no gubernamentales).

Cada uno de estos actores (únicamente hemos tomado para nuestro análisis los de carácter nacional) tiene diferente impacto en el conjunto social. En ello influyen varios factores, como la generalidad y extensión de sus estrategias, los recursos de que se dispone para materializarlas, los marcos legales en que se desenvuelven, los campos de acción en los cuales operan, las interconexiones horizontales y verticales capaces de establecer, los niveles de autoridad y reconocimiento logrados, y el clima de flexibilidad y confianza que exista; de lo que dependerá, en buena medida, los umbrales políticos de que dispongan para sus acciones. Pero pese a la singularidad de cada uno, en la cual nos detendremos a continuación, sus propósitos coinciden en la creación de condiciones y espacios que permitan una mayor calidad de vida, nivelar los derechos sociales y culturales, e implicar a los ciudadanos en los procesos de desarrollo.

El Estado: actor protagónico del desarrollo cultural cubano

El Estado revolucionario, durante más de cuarenta años, ha sido el principal agente en la elaboración y ejecución de una plataforma política cuya aspiración ha sido satisfacer las diversas necesidades de la población y concretar la voluntad de garantizar la igualdad de acceso a los bienes materiales y simbólicos producidos. Para ello, ha puesto en práctica diversos proyectos socioculturales y creado, a lo largo y ancho de la Isla, un fuerte sistema de instituciones sociales, educativas, deportivas y de salud.

Máximo responsable en la orientación del desarrollo cultural y del resguardo de la herencia cultural, tanto material como espiritual, sus acciones han tenido como objetivos cardinales preservar los rasgos culturales más valiosos y distintivos que nos definen como nación, asegurar las condiciones para el fomento de la actividad creadora financiando los procesos de producción, difusión y promoción artística, literaria, científica y educativa, así como la conservación del patrimonio, y poner al alcance de todos lo más valioso de la cultura nacional y universal. La campaña de alfabetización, los planes de educación de adultos, las batallas por alcanzar el sexto y el noveno grados, el desarrollo de un potente sistema de educación que garantiza la asistencia escolar en todos los rincones del país, son únicamente unos pocos ejemplos de cuánto se ha hecho al respecto.

En la actualidad, el sector cultural cuenta con una compleja trama de instituciones a escala nacional, provincial y municipal que garantiza, de manera sistemática, la producción de bienes y servicios, tanto en el orden cuantitativo como cualitativo, y su amplia distribución y consumo. Sus estrategias contemplan acciones para promover lo más valioso y auténtico de la creación universal, así como la inclusión de elementos de la cultura popular (extraordinariamente vigorosa en nuestro país, y cuyas expresiones se reflejan en todo el quehacer cultural), junto a la preservación, rescate y revitalización de la memoria histórica, elementos definitorios de nuestra identidad cultural.

Si bien los efectos comunicativos de esta política no han logrado el mismo impacto en todos los grupos sociales, y aún existe un distanciamiento importante de ciertos sectores hacia determinados tipos de producción cultural, el Estado, pese las dificultades económicas que enfrenta la Isla, impulsa todo movimiento político a favor de una amplia socialización de la cultura; para ello se empeña en materializar un conjunto de acciones concretas dirigidas a difundir y promover los valores de la cultura nacional y universal, garantizar a todos los ciudadanos el acceso a los bienes y servicios culturales, crear las condiciones sociales —a

través de programas sistemáticos de formación general y especializada, con la intervención del conjunto de actores sociales— para que la población disponga de los recursos, habilidades y competencias necesarias para relacionarse con estos bienes, tenga la capacidad de comprender, apreciar y valorar los códigos artísticos más novedosos, y de compenetrarse con las exigencias y lenguajes de las distintas manifestaciones culturales. Igualmente, subraya la necesidad de que la población estime la cultura en su conjunto, no como un hecho complementario, sino como un instrumento de liberación, elemento central en el quehacer político, en la defensa de nuestra identidad, en el perfeccionamiento de la sociedad y la democracia, en los esfuerzos por lograr modificar estructuras que reproducen la inequidad económica y social.

Por otra parte, el sistema institucional de la cultura trata de ir ajustando sus estructuras y formas de acción a las necesidades de la sociedad actual. Intenta conciliar las realidades y objetivos particulares de los territorios e instituciones para lograr una integración armónica con los objetivos de desarrollo nacionales; interpretar la cultura como un proceso vivo y totalizador, el cual trasciende los límites institucionales y alcanza la vida cotidiana; reevaluar el papel de la sociedad en la proyección, organizar y evaluar sus estrategias de desarrollo; y alcanzar una mayor participación e integración social.

En este sentido, las instituciones culturales han asumido el reto de diseñar acciones que, además de estimular el consumo cultural, las relaciones arte-público, así como una mayor capacidad de interpretación, apreciación y valoración de la obra artística, activen las potencialidades creativas de la población para transformar su entorno, e incentivar compromisos de intervención en su realidad social. Para ello, tratan de aprovechar al máximo su infraestructura institucional (la cual penetra de manera importante las bases poblacionales locales y brinda espacios de participación de relevancia para las comunidades en que están enclavadas), así como de promover un conjunto de programas y proyectos socioculturales que, a partir de las necesidades y demandas de sus potenciales beneficiarios, contemple acciones que posibiliten sensibilizarlos a participar en un esfuerzo conjunto por mejorar su calidad de vida.

El Estado es el principal suministrador de los recursos materiales y humanos de estos programas; ha sido el promotor fundamental de un conjunto de metodologías que propugnan formas flexibles de cómo proyectar y organizar el trabajo de estas instituciones y sus relaciones con los miembros de la comunidad, en la búsqueda de una integración de los actores presentes en el territorio, un máximo aprovechamiento de las

potencialidades locales y el reconocimiento de las capacidades del sujeto popular.

Grupos u organizaciones comunitarias y asociaciones civiles

Durante estos años, se ha conjugado un grupo de factores para impulsar el nacimiento de diversos espacios que otorgan una mayor variedad y riqueza a los procesos de participación, en la medida en que posibilitan la expresión de la multiplicidad de identidades colectivas que se manifiestan en nuestra sociedad. Estos grupos y asociaciones complejizan un escenario que hasta el momento había estado compuesto, fundamentalmente, por el Estado. Surgieron, por una parte, como resultado de la heterogeneización de la estructura de la sociedad cubana, la elevación de los niveles educacionales de la población y el crecimiento de los sectores intelectuales y juveniles que llevan implícito una lógica ampliación y diversificación de las necesidades e intereses, así como una renovación de las expectativas de los diferentes segmentos poblacionales. Por otra, fueron activadas con la crisis económica de los años 90 —momento en que las limitaciones de recursos hacen que el Estado no pueda atender, coordinar y gestionar determinados campos, de la misma manera que lo había hecho en períodos anteriores— y en ese mismo sentido, como una estrategia del Estado, que comprende la importancia y vitalidad que el estímulo a las iniciativas de la población puede aportar al desarrollo cultural de los territorios.

Impulsadas al calor de necesidades compartidas por grupos de pobladores o iniciadas por algún grupo técnico promotor, casi siempre de las propias instituciones estatales enclavadas en los territorios, los implicados en ellas han hecho esfuerzos por agruparse e iniciar movimientos alrededor de algún interés puntual, o de otros propósitos más amplios, dirigidos a desencadenar procesos de transformación integral de su realidad.

De manera esquemática, podríamos alinear estos movimientos en dos grandes bloques: aquellos con personalidad legal amparados por la ley de asociaciones y su reglamento, y otros que, aunque sin reconocimiento jurídico, actúan, bien en espera de su aprobación legal o como parte de los proyectos comunitarios promovidos por programas de desarrollo de distintas instituciones y organizaciones sociales del territorio, algunos surgidos de la iniciativa de las personas residentes en la localidad.

Al margen de la complejidad en sus grados de estructuración y legalización, estas agrupaciones logran reunir a las personas, de manera voluntaria, alrededor

Desarrollo cultural y participación en el contexto municipal cubano de un objetivo o proyecto de acción común. Elaboran determinadas estrategias, se distribuyen tareas, asumen compromisos y participan a diferentes niveles. Constituyen espacios de vocación asociativa y autogestionaria, donde se trata de expresar y alcanzar un grupo de objetivos sobre la base de una responsabilidad colectiva que trasciende los intereses individuales. Tal modalidad organizativa tiene antecedentes importantes en nuestro país que se remontan a los finales del siglo XVIII. Ellas representaron importantes fórmulas de participación sociocultural cuyo alcance, significación y radios de influencia dibujaron diferentes etapas en dependencia de las circunstancias históricas que le sirvieron de marco.¹ Iniciadas por la élite económica y social de la época, tanto criolla como española, se extendieron con fuerza y dieron cabida a la diversidad de sectores sociales y raciales que componían la nación. Es cierto que tuvieron un marcado sello clasista y racista, reflejo de las condiciones de su tiempo, pero sin dudas dieron un impulso de consideración al desarrollo de las artes y las ciencias. Lideradas casi siempre por un grupo gestor, encargado de la modelación del proyecto de la asociación y la confección de sus reglamentos, buscaban dar legitimidad a las necesidades de los sectores que pretendían agrupar. Fueron espacios de importancia para la instrucción y recreación de sus miembros, de ayuda a los inmigrantes y de preparación para el mercado de trabajo.

Las asociaciones que alcanzan reconocimiento jurídico se desempeñan en la actualidad tanto a escala local como municipal, provincial y nacional, aunque este marco varía según las instituciones de que se trate. Algunas guardan cierta similitud organizativa con sus predecesoras. Están conformadas por una junta directiva y una asamblea de miembros de la que forman parte todos sus asociados, que tiene entre sus funciones elegir a la junta, elaborar un reglamento interno que rige su funcionamiento, y establecer determinados requisitos para poder ingresar.

Según los datos del censo de asociaciones realizado en 1998 por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, existían en el país un total de 2 225 asociaciones inscritas en el registro de asociaciones, ubicadas principalmente en la capital y en las cabeceras provinciales y municipales.² De rango nacional había 213; su rasgo distintivo es su estructura piramidal, que atraviesa todo el cuerpo social desde los niveles superiores hasta la base a través de una red de filiales subordinadas, de carácter provincial, municipal y local.

Otro grupo de asociaciones opera únicamente a escala provincial, y está inscrito en los registros de ese nivel. Es el caso de algunos tipos de instituciones, como

la mayor parte de las étnicas, no subordinadas a ninguna instancia nacional, creadas por inmigrantes, según su procedencia, unas de carácter comarcal y otras de rango regional y que aún mantienen estas unidades organizativas, aunque ahora incluyan a sus descendientes de origen cubano.

Paralelamente, existe toda una gama de grupos, clubes, peñas y círculos, los cuales constituyen estructuras de participación, más o menos complejas, de uno u otro grado de formalidad. Aunque no poseen estatus legal, sí tienen una presencia en la vida sociocultural de su localidad. Estas agrupaciones se caracterizan por un rango de influencia limitado y no tener fuertes conexiones entre sí. En algunos casos su poder de convocatoria es reducido, con poco impacto en la comunidad donde están enclavadas, con agendas restringidas a un interés puntual y acciones que no van más allá de los miembros interesados, ni desbordan las paredes de las instituciones que las respaldan. Otras, por el contrario, se han planteado proyectos de acción comunitaria que intentan una transformación integral de su entorno sociocultural, y pretenden imbricar a toda la población para lograrlo.

A muchos de estos grupos se les reconoce y se les cuantifica por los proyectos que representan, y se sabe poco sobre su organización y dinámicas participativas internas. Algunos investigadores han logrado penetrar en este asunto y apuntar algunas características al respecto.³ Aunque estamos conscientes de que es necesario continuar profundizando en dicho tópico, pudimos observar, en experiencias diferentes a las mencionadas por estos autores, algunas similitudes con los resultados apuntados por ellos. En esa dirección, caben destacar las particularidades de liderazgos. Si bien gran parte de estos grupos están dirigidos por líderes informales que se ganan su prestigio por el conocimiento, pasión y habilidades relacionados con el proyecto que pretenden llevar adelante, o ser propiamente los iniciadores y autores intelectuales de estos, y que además —y no sin esfuerzos—, son capaces de transmitir su fervor a otras personas convencerlas y aglutinarlas, ello a su vez parece restar las posibilidades de consolidación de un liderazgo más colegiado y menos personalista, con visos que a veces rozan una excesiva autoridad y centralización de las decisiones. Otros aspectos de relevancia son los niveles de convocatoria que alcanzan, el número de personas que logran involucrar y su durabilidad.

En realidad, muchas de estas experiencias no logran trascender en el tiempo, naufragan desde la propia fase de organización, o sucumben a las limitaciones materiales e incomprensiones a las que tienen que hacer frente, sobre todo si tienen un origen más espontáneo y no son apoyadas y promovidas por algún grupo

técnico de las instituciones de la localidad. Otras, por el contrario, sobreviven a los avatares del tiempo y a la inercia de la cotidianidad, en gran medida, por la constancia de sus líderes, así como por la perspectiva de las instituciones del Estado. Incluso, han logrado fortalecerse y convertirse en proyectos de significación sociocultural que han contribuido a enriquecer la vida material y espiritual de sus territorios. Sus proyectos han logrado motivar y comprometer a distintas personas devenidas activistas y colaboradoras, quienes, poco a poco, han ido ganando en capacidad de diálogo y negociación, para demostrar sus potencialidades de contribuir a la transformación de su entorno, desde una alternativa propia. Sus acciones han incidido en la promoción y difusión de diversas manifestaciones artístico-culturales, así como en el rescate, revitalización de tradiciones y recuperación de la memoria histórica e identidad colectiva. En su empeño, han sabido entretejer una serie de relaciones horizontales vitales para cumplimentar sus objetivos y fortalecer su gestión, han ido convirtiéndose en actores de relevancia para el desarrollo cultural del país y, en cierta medida, dan cabida a la diversidad de necesidades y comportamientos culturales de los diferentes segmentos que componen nuestra sociedad. Sin embargo, es necesario apuntar que están lejos aún de ser espacios de participación cultural notables para la mayoría de población. Sus acciones involucran segmentos muy específicos, y en muchos casos los proyectos están en mano de la dirección técnica de sus promotores y corren el riesgo de naufragar una vez que sus iniciadores desaparezcan.

Campos de acción

Las actividades de las asociaciones y grupos comunitarios abarcan una amplia gama de campos, entre los que se destacan:

- Artístico-cultural. Asociaciones empeñadas en el cultivo, la promoción y todo lo relacionado con la danza, cine, artes plásticas, música, teatro, literatura, o cualquier otra manifestación cultural como artesanía, filatelia, numismática, etc. En el censo, están asentadas oficialmente 52 asociaciones culturales, 14 de nivel nacional. Entre ellas se encuentran la Federación Nacional de Cine-clubes de Cuba, la Federación Filatélica Cubana, la Asociación Promotora del Tango, la Asociación de Orquestas de Charanga, la Asociación Cubana de Artesanos Artistas, la Asociación Cubana de Coros y la Sociedad Amigos del Libro. Estas asociaciones, de carácter nacional, tienen representaciones a escala municipal y local que coexisten con un número significativo de grupos, sin personalidad jurídica, pero con una vida

Es urgente lograr que los espacios, mecanismos y canales creados permitan que la población participe en la elaboración de sus estrategias de desarrollo, y lograr armonizar los intereses locales y nacionales.

activa y acogidas y estimuladas por diferentes instituciones culturales. Si bien no constituyen un movimiento masivo, forman parte del mosaico cultural de estas regiones. Las agrupaciones más frecuentes, a escala local, son las de música (bolero, danzón, música campesina), junto a las de aficiones de diverso tipo, especialmente los vinicultores.

- Científico-técnico y profesional. Asociaciones que agrupan a especialistas de ramas afines, cuyos proyectos de acción involucran investigaciones científicas, académicas y aplicadas en diferentes especialidades, tanto humanísticas como del resto de las ciencias, así como de innovación tecnológica, para contribuir al mejoramiento de las condiciones de la sociedad. En el país existen un total de 168 asociaciones de este carácter, la mayoría (83) de rango nacional. Ejemplos de estas son: la Sociedad Cubana de Psiquiatría, la Asociación de Bibliotecarios de Cuba, la Sociedad Cubana de Ciencias Fisiológicas, etc. Algunas filiales de estas asociaciones parecen tener un peso importante en las provincias, según los datos obtenidos en el censo. En ese sentido, se destacan la Asociación de Bibliotecarios de Cuba, la Unión de Historiadores de Cuba y la Asociación de Pedagogos, con un número considerable de miembros y una vida interna activa.
- Rehabilitación de grupos poblacionales con limitaciones físicas o psíquicas, o de algún tipo de desventaja social. Se destacan en este campo, por su labor, la Asociación Nacional de Sordos e Hipoacúsicos, la Asociación Nacional de Ciegos y Débiles Visuales y la Asociación Cubana de Limitados Físicos y Motores, junto al movimiento de Círculos de Abuelos.
- Para el desarrollo y cultivo de lazos de amistad, ayuda mutua, fraternidad y solidaridad. Alcanzan un lugar relevante en este grupo las logias de los órdenes Caballeros de la Luz, Odd Fellows, y masónicas.⁴
- Origen étnico. Agrupan naturales y descendientes, de un mismo origen, con el objetivo de promover los valores identitarios y preservar la memoria histórica que los distingue.⁵

Dentro de la gama de asociaciones, es preciso mencionar dos que tienen un relevante papel en el campo de desarrollo cultural, especialmente en el ámbito

de la producción y la promoción artístico-literaria. Estas son la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y la Asociación Hermanos Saíz. La primera aglutina a los artistas y escritores profesionales que tienen una obra de mérito reconocido, y la segunda, a los creadores más jóvenes. Ambas constituyen interlocutores importantes entre las instituciones del Estado y la intelectualidad artística, tanto por representar los intereses de esos sectores, como por su incidencia en la formulación e implementación de la política cultural cubana. En relación con el papel protagónico que deben desempeñar los creadores para impedir cualquier desviación o aplicaciones erróneas de los programas culturales, el propio Ministro de Cultura ha subrayado: «La discusión con los creadores es insustituible a la hora de elaborar y aplicar políticas culturales [...] Toda política o programa cultural que se haga sin contar con los creadores, con la vanguardia artística, está condenada a burocratizarse, a fracasar y termina negando la cultura».⁶

Relaciones Estado y movimientos asociativos

En líneas generales, podría afirmarse que las relaciones de los movimientos asociativos con las instituciones del Estado enclavadas en el territorio fluctúan, debido a múltiples factores, y no siempre han estado exentas de conflictos. En más de una ocasión, no han logrado armonizar con los interlocutores estatales con los que tienen que negociar, no han contado con su comprensión y apoyo o, de cierta manera, estos les han impuesto determinados criterios, privilegiando objetivos de desarrollo de carácter sectorial que desvían los verdaderos ejes motivacionales de los que intentan organizarse. Las asociaciones, por su parte, han tomado como pretexto los espacios que determinados proyectos institucionales les brindan, para, de manera indirecta, tratar de satisfacer una gama de necesidades más amplias que las declaradas. Estos problemas, sumados a las dificultades materiales y a las pocas oportunidades de eliminar por ellos mismos las barreras que se levantan ante sus proyectos sin la ayuda del Estado, contribuyen al debilitamiento de sus propuestas, al agotamiento de sus miembros y a la disolución, en muchos casos. La vocación de autogestión

—que intrínsecamente forma parte de la filosofía de base de gran parte de estos movimientos—, choca con ciertos estereotipos de accionar político y con una estructura de organización social aún centralizada en exceso; a lo que se añade la preocupación que persiste, en algunas instancias, sobre la manipulación de que pueden ser objeto estos grupos en el terreno político, en un país en que ciertamente hay a diario una confrontación ideológica de importancia, y donde esa tesis ha sido enarbolada públicamente por enemigos de la Revolución como vía infalible para alcanzar su disolución.

Otra cuestión de relevancia en las relaciones de estos movimientos con el Estado es su representatividad y capacidad legal. En el caso de las asociaciones con personalidad jurídica, este asunto queda prescrito en la Ley de asociaciones y sus reglamentos; pero no es así para gran parte de las agrupaciones que operan especialmente en la base, no amparadas por dicha ley. Esta falta de estatus legal, cierta indefinición de sus atribuciones, la carencia de una base económica propia, así como sus limitados derechos legales y de operación financiera, ubican a estos grupos en una posición de desventaja en sus esfuerzos por hacer realidad sus proyectos, en especial en los momentos de negociación de recursos y posibilidades para poner en marcha sus acciones, y los hace vulnerables a un gran número de obstáculos y tensiones que no siempre pueden controlar, y que impactan en la eficiencia y agilidad de su gestión.

Municipio, comunidad y participación

El último aspecto sobre el que también interesa meditar es hasta qué punto las instancias municipales y sus distintas comunidades tienen condiciones reales de poder articular estrategias y crear espacios para el crecimiento de las capacidades de participación en la toma de decisiones de los distintos actores presentes en sus escenarios de acción.

La municipalidad, no obstante algunos cambios que se han venido produciendo en los últimos años, continúa siendo parte de un diseño caracterizado por su centralización, con una estructura jerárquica para la toma de decisiones —en especial sobre la distribución y uso de los recursos materiales—, un estilo de relaciones sociales vertical que genera un conjunto de prácticas con serias dificultades para poder abarcar la heterogeneidad de sus bases y desarrollar relaciones horizontales, donde prima, además, un criterio sectorial del tratamiento de la realidad, regido por normas, procedimientos y estructuras que dimanen o son inducidos por las instituciones u organismos nacionales a través de sus

instancias provinciales, según lo que cada sector considera prioritario. Las inconveniencias de este tipo de diseño social se refuerzan en el plano local y repercuten directamente sobre los procesos de desarrollo a este nivel.

En el ámbito cultural, tal diseño obstaculiza la posibilidad de enlaces efectivos para la coordinación y cogestión con otros agentes sociales, que se exploten al máximo la creatividad de los actores locales, tomar en cuenta la diversidad cultural y lograr generar sus espacios de expresión. Además, entorpece la emergencia de nuevos actores potenciales y el incremento de los niveles de participación y protagonismo popular.

Las limitaciones descritas, como hemos dicho, no son exclusivas del sector cultural en tanto campo funcional de gestión social. Por el contrario, reflejan procesos que se manifestaron a escala de toda la sociedad alrededor de las décadas de los 70 y los 80 y la institucionalización política y administrativa que los acompañó. Tales problemas son inherentes a un modelo que se caracteriza por una subordinación de los órganos locales a los niveles centrales, los cuales desempeñan el lugar protagónico en la formulación de las políticas, mientras las instancias locales son concebidas como receptores más o menos homogéneos, encargados de implementarlas, según las directivas emanadas de los organismos a escala nacional.

La participación de la comunidad en este contexto es vista principalmente como beneficiaria de acciones que se diseñan de modo centralizado. Para ello es indispensable lograr una alta sensibilización y comprensión hacia la tarea, a través de una labor de concientización, y aunque muchas de estas acciones son el reflejo de necesidades e intereses populares, fruto de sus propias demandas y por tanto alcanzan una alta comunicación política y convocatoria efectiva, no es menos cierto que este modelo obstaculiza promover otras formas de participación que permitan a las bases populares una mayor intervención en la toma de decisiones y en su control y evaluación, en determinado plazo. Todo esto, en cierta medida, erosiona la creatividad y talento de la comunidad, refuerza relaciones paternalistas y no permite asumir la sociedad en una complejidad que tiende a acrecentarse y hacerse más diversa.

Estas y otras limitaciones en la instrumentación de la política cultural han sido objeto de reflexión y análisis en nuestro país en una incesante búsqueda por perfeccionar la sociedad que construimos, desde un Estado siempre consciente de su responsabilidad en la modelación de un proyecto social de profunda vocación popular, y que se esfuerza por proporcionar las condiciones para el esfuerzo creador, el bienestar

del pueblo y su participación en la vida económica, cultural y política de la nación.

El alto sentido de responsabilidad del Estado cubano se hizo patente, más que nunca, cuando dio pruebas de su capacidad creativa para dar continuidad al proyecto revolucionario, en condiciones extraordinariamente desfavorables que ponían en peligro su existencia. En esa realidad adversa, no solo propuso una plataforma económica que permitiera a Cuba su inserción en el mercado internacional, sino un conjunto de transformaciones en las distintas esferas sociales que posibilitaran la renovación de los procesos de participación popular y el fortalecimiento de los espacios y canales en que estos se concretan.

A partir de los 90, el sistema institucional de la cultura se ha empeñado en llevar a cabo transformaciones que aspiran a perfeccionar sus formas de dirección, organización y planeamiento; liberarse de estructuras administrativas centralizadas y burocráticas, e ir a la búsqueda de instituciones y métodos de trabajo flexibles que estimulen la creatividad de sus bases; atender a nuestra diversidad cultural, la cual toma cuerpo dentro de una matriz única, pero que resulta imposible no considerar en el diseño de una estrategia cultural de perspectivas democráticas.

Pese a todos esos esfuerzos, la esfera institucional de la cultura tiene que continuar trabajando en este sentido y fortalecer sus estructuras de participación cultural en el ámbito local, y especialmente lograr, reforzar las relaciones entre todos los actores de este nivel. Estudios realizados pudieron constatar algunas debilidades en mecanismos de concertación social como los Consejos de Cultura Comunitaria. Considerados de gran utilidad como instrumentos que permitían la negociación e integración de los diferentes actores presentes en este ámbito, sus protagonistas, sin embargo, se cuestionaban su efectividad en la práctica, debido a la falta de receptividad de los implicados, específicamente de las entidades externas al sistema institucional de la cultura. Se argumentaba la necesidad de su reconocimiento social, del apoyo del gobierno para lograr el cumplimiento de sus acuerdos, así como contar con una participación más activa de organismos como los educativos y las organizaciones de masa como los Comités de Defensa de la Revolución y la Federación de Mujeres Cubanas.⁷ Estos problemas incidían directamente en su capacidad para promover niveles de participación que involucraran a la población en la concepción y organización del trabajo cultural, y urgía una revisión de sus estrategias de acción, y la evaluación de su composición y formas de gestión.⁸

También se pudo detectar que existen problemas por parte de la población con la información de los planes culturales que se desarrollan y las estructuras y

Desarrollo cultural y participación en el contexto municipal cubano canales de participación cultural existentes. Estos datos apuntan a la necesidad de explotar más los mecanismos creados, así como el diseño de otros que permitan una mayor intervención de la población en los procesos de decisión y control del trabajo cultural; además de continuar desarrollando formas de comunicación y retroalimentación efectiva sobre las acciones emprendidas y su repercusión en la vida de la comunidad.

Otro elemento importante que se debe considerar es cómo la población y los distintos actores de desarrollo, presentes en este ámbito, perciben sus maneras de participar en la cultura. Investigaciones realizadas han constatado que una gran parte de la población no se siente del todo interesada en implicarse en su realidad sociocultural y ayudar a su transformación. La mayoría se percibe básicamente como beneficiaria de una acción, que debe ser estructurada, y es responsabilidad del Estado. Para ellos, su rol principal es el de consumidor o público. En otros casos, se señala que su participación debe consistir en contribuir a través de sus críticas, y no siempre ven claramente como encauzarlas. En muy pocos casos se mostraban interesados en alcanzar un papel protagónico en la búsqueda de alternativas y contribuir con soluciones propias. Esta «pasividad», sin embargo, no reduce su visión crítica de la realidad cultural, que, en ocasiones, es muy severa; pero siempre desde la perspectiva de ver a otro como culpable, con argumentos que se diluyen en limitaciones objetivas que imponen las circunstancias. Algunos pobladores se lamentan de la pobreza cultural de sus conciudadanos, de la falta de sensibilidad y empobrecimiento espiritual, pero ello contrasta con lo poco responsables que se sienten como parte de un colectivo social, y el convencimiento de su incapacidad para transformarlo.

Es importante apuntar que tales conductas son el resultado del entrecruzamiento de múltiples factores de diversa índole y grado de generalidad, difíciles a veces de precisar: las características individuales, el ambiente grupal y la historia de la comunidad desempeñan un papel decisivo, pero no único. No es menos cierto que ha existido una tendencia a colocar a la población como destinataria de acciones diseñadas desde un centro, desde el cual se apela a su comprensión; se convoca a su ejecución, pero no ha ejercitar su creatividad y talento para contribuir a su diseño y/o rectificación. Este hecho se complementa con un imaginario social, presente en algunos dirigentes del ámbito local, quienes atribuyen significados limitados a la cultura y al papel de la población en los procesos de participación. Para ellos, participar es sinónimo de asistencia a las actividades programadas y organizadas por sus instituciones. La noción de cultura es

aprehendida en su acepción más estrecha, restringida al hecho artístico. La población es vista únicamente como destinataria de un conjunto de productos y servicios culturales, los cuales cada vez tienen que alcanzar una mayor calidad artística. Sus estrategias de acción van dirigidas, fundamentalmente, a sensibilizar a los diferentes grupos sociales con manifestaciones artísticas y/o literarias, sobre todo aquellas que no alcanzan a ser aceptadas por las grandes masas. Vista principalmente como receptora, cuesta trabajo que conciban a la población como un actor activo en la proyección de las estrategias de desarrollo de su localidad, tomando parte de las decisiones y/o proponiendo alternativas.

A estas dificultades debemos añadir el tema de los recursos económicos y las capacidades legales, que imponen serias limitaciones a los movimientos de desarrollo cultural a escala local y a los programas y proyectos resultantes de sus iniciativas. Al no poseer capacidad legal, ni contar con posibilidades de desplegar formas de economía propia que les permitan algunas maneras de autofinanciamiento, solo cuentan con el apoyo que les brinden las instituciones del territorio, cuyos recursos también son limitados y deben atender sus prioridades culturales. Esto pone en una situación de desventaja a dichas iniciativas y resta fuerza y potencialidades a posibles nuevos actores, en sus esfuerzos por mejorar las condiciones materiales y espirituales de vida de las localidades en que viven.

Ideas finales

Los elementos hasta aquí apuntados constituyen solamente una muestra de los desafíos que se deben enfrentar para desencadenar procesos de participación social. En buena medida, estos están vinculados a la redimensión del ámbito local y su papel en la dirección de los procesos económicos, sociales, culturales y políticos, y sus relaciones dinámicas con los poderes centrales, en el empeño por fortalecer las estructuras de este nivel, de forma tal que alcancen la suficiente autonomía, reconocimiento legal y capacidad de decisión para poder emplear y gestionar sus recursos, cohesionar voluntades y encauzar los esfuerzos y el ingenio de todos los participantes en la elaboración de los programas de acción de acuerdo con sus características y necesidades. Es urgente lograr que los espacios, mecanismos y canales creados permitan que la población participe en la elaboración de sus estrategias de desarrollo, y lograr armonizar los intereses locales y nacionales.

Cuba se encuentra enfrascada en un rediseño social, en crear un modelo de desarrollo cuya aspiración es mantener su proyecto socialista. Esto está estrechamente

vinculado con las formas de producción cultural e ideológica que nuestra sociedad, en su conjunto, sea capaz de elaborar, lo cual incluye su capacidad de reconocer sus necesidades y reflexionar sobre los caminos y alternativas para solucionarlas, y construir la unidad simbólica de nuestra nación sin obviar las diferencias; la manera en que nuestra sociedad pueda organizar la continuidad y ruptura entre su memoria y su presente y proyectarse hacia el futuro; cómo pueda asumir sus conflictos de identidad, su diversidad y heterogeneidad. Y esto es territorio de la cultura, entre cuyas funciones está la búsqueda de consenso, integración y legitimidad. Es por eso que, tal vez, una de las tareas actuales más trascendentes sea profundizar críticamente en nuestra realidad y tratar, entre todos, de imaginar y construir nuevas relaciones sociales, nuevas formas de participar y decidir en la política; pensar en cómo trazar estrategias y acciones que contemplen las diferentes lógicas socioculturales de un país cada vez más diverso y aseguren las condiciones organizativas, el clima idóneo y la potenciación de espacios donde todos —especialmente el sujeto popular—, tengan las posibilidades de decidir y convertirse en los verdaderos protagonistas de la hazaña histórica de hacer avanzar el socialismo y construir ese modelo de desarrollo alternativo. Sin embargo, como expresara Fernando Martínez Heredia, esto

no consiste en que las organizaciones y el poder socialistas logren evitar las debilidades y los peligros que les aportan el ejercicio del albedrío y los sentimientos de las personas, y el diverso entramado y las inclinaciones de los grupos sociales. Se trata de que las organizaciones socialistas y el poder de los socialistas consideren al albedrío, a los sentimientos, a la diversidad, a las inclinaciones de sus personas, de su gente, como lo que en potencia son: la fuerza suya, el vehículo suyo para la liberación. Y necesidad suprema suya, porque sin esa comprensión no habrá proyecto factible, no habrá organización imbatible, no habrá socialismo. Y aun así habrá que ser creadores y esta vez no serán dos o tres iluminados creadores, ni siquiera una pequeña falange heroica de creadores, sino miles o millones de creadores, porque solo así habrá y se mantendrá, esto es, se reformará y se cambiará a sí mismo una y otra vez el socialismo, y se dará un contenido que apenas podemos entrever o soñar hoy.⁹

Notas

1. Edita Caveda, *Orígenes del movimiento asociativo cubano. 1787-1900*, Fondo del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana [inédito].
2. Los territorios con mayor número de estas agrupaciones son Ciudad de La Habana (sede fundamental de las de rango nacional), La Habana, Villa Clara y Matanzas. Mientras que Las Tunas, Ciego

de Ávila y Guantánamo son las regiones con menos instituciones de este tipo.

3. Haroldo Dilla, Armando Fernández y Margarita Castro, «Movimientos barriales en Cuba», en Aurora Vázquez y Roberto Dávalos, comps., *Participación social y desarrollo urbano y comunitario*, Facultad de Filosofía e Historia/Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, La Habana, 1996, p. 81; David Carbó, Miren Uriarte y Roberto Dávalos, «Participación comunitaria en cuatro experiencias de los órganos locales de gobierno en Cuba», en Roberto Dávalos, comp., *Desarrollo local y descentralización en el contexto urbano*, Facultad de Filosofía e Historia/Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, La Habana, 1998, p. 83.

4. En el país existen 1 099 instituciones de carácter fraternal y diecisiete de amistad, para un total de 1 116. De las asociaciones fraternales, veinticuatro tienen rango nacional, 287 tienen su sede en Ciudad de La Habana y 127 en la provincia de La Habana. Villa Clara también posee en su territorio un número importante de este tipo de instituciones (107), y ocupa el tercer lugar.

5. Oficialmente existen en el país 127 asociaciones de este tipo, ubicadas principalmente en Ciudad de La Habana, aunque hay otras no legalizadas, como es el caso de la Sociedad Asturiana, en Pinar del Río, la Asociación de Descendientes de Irlandeses en Cuba, en Santiago de Cuba, y la Asociación de Castellanos, la Peña Gallega y Hermanos de Cataluña, en Camagüey.

Desarrollo cultural y participación en el contexto municipal cubano

6. Abel Prieto, «Vanguardia y masividad», *La difusión masiva de la cultura*, Ediciones Unión, UNEAC, La Habana, 2000.

7. Alina Casanovas Pérez-Malo y Ana Iris Carcasés, *La participación en el contexto de la gestión institucional de la cultura. Una investigación evaluativa en el Municipio de Centro Habana*, Informe de investigación, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2000.

8. Cecilia Linares, Pedro Emilio Moras y María Carla Alzugaray, 1998, *La población: actor de participación en el desarrollo cultural. Un estudio en la provincia de Villa Clara*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, pp. 40-1.

9. Fernando Martínez Heredia, «Anticapitalismo y problemas de la hegemonía», *En el horno de los 90*, Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1999, p. 166.

© TEMAS, 2004.